

El teatro de guerra: una puesta en escena del sujeto

MARÍA CLEMENCIA CASTRO

*La guerra... hay que verla para entender la
atracción venenosa que ejerce sobre el hombre...¹*

La guerra se sufre y se goza...²

1. EL TORBELLINO DE LA GUERRA

La guerra incluye el equipamiento, la parafernalia y el despliegue de las tropas, pero más propiamente es la escena del combate y la composición de los enfrentamientos entre quienes se hacen a un uniforme, toman las armas y participan en los fuegos cruzados. La guerra es también el comando que ordena e institucionaliza una ofensiva y formaliza una estrategia y, a la vez, el eco exacerbante de muchas voces que convocan a “*aplantar como cucarachas*” a la contraparte o a no dejar para ellos “*un lugar en el planeta*”. Así mismo, la guerra es la mirada que fascina en su espectáculo o que ante el horror instala en una parálisis silente, como cuadro que mira al sujeto y lo deja como puro objeto; es incluso la mirada que trágicamente *ciega*³ a quienes guardan la distancia respecto de la guerra para enunciarse ajenos en la indiferencia, que sin embargo, tolerando su existencia, los hace cómplices en su condescendencia. La conflagración bélica es también la ferviente oposición al desafío guerrero por parte de quienes hacen de ello una causa, derivando en nuevas militancias por la paz que comprometen apuestas de la vida⁴.

Así, ineluctablemente todos los miembros de un conjunto social quedan involucrados, o como lo dice Freud: “envueltos en el torbellino de este tiempo de guerra”⁵. Todos condenados en un círculo infernal que hace del semejante un enemigo, atrapados en un empeño que convoca la muerte. Aun los estados, en el lugar de Otro con su función ordenadora y reguladora de la vida social, arrogándose el derecho al monopolio de la violencia y proscribiendo el ejercicio individual, a la hora de la guerra no reparan en avivar el encono y emplazar a la lucha enardecida.

¹ Palabras de un soldado en la novela *Inshallah* de Oriana Fallaci, Emecé Editores, Buenos Aires 1992.

² Palabras de un ex combatiente.

³ Enzo Traverso, *La historia desgarrada*, Herder, Barcelona 2001, p. 18.

⁴ Cf. Aleida Muñoz, “El quite a la muerte o la ilusión de paz como síntoma”, *Revista Colombiana de Psicología*, No. 2, Agresividad, Violencia y Ley, Bogotá 1993, ps. 39-46.

⁵ Sigmund Freud, “De guerra y muerte. Temas de actualidad”, en *Obras completas*, tomo XIV, Amorrortu, Buenos Aires 1976, p. 277.

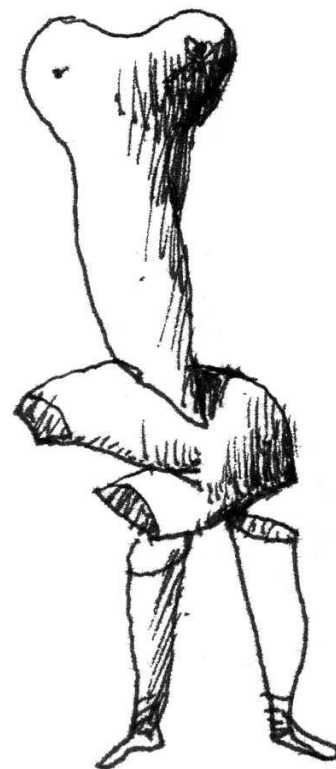
Hoy en día, puede constatarse con Freud, y en concordancia con los planteamientos tempranos de Clausewitz⁶, que la necesidad de destruir al enemigo no se ve debilitada o desviada por el avance de la civilización. De allí que cada vez la guerra, en tanto exceso permitido y ordenado⁷, sea nuevamente una exposición encarnizada e inmisericorde de poderío y crueldad, de escenificación del destrozamiento de los cuerpos y exhibición de sangre. Por eso mismo, como lo plantea Ignatieff, la idea de una guerra “civilizada” es en lo esencial una noción paradójica⁸.

Siempre está la posibilidad de legitimar la desmesura, poniéndose en evidencia los escasos logros de los esfuerzos derivados de las regulaciones formales que intentan evitar que la guerra sea una vulgar carnicería. Con ello se corrobora, cada vez, el planteamiento del gran teórico castrense de la época moderna acerca de lo infructuoso de cualquier tentativa de contención del exceso. Así lo enuncia Clausewitz: “La fuerza [...] va acompañada de restricciones insignificantes, que es casi inútil mencionar, que se imponen por sí mismas y son conocidas bajo el nombre de leyes y usos internacionales, pero que en realidad no debilitan su poder”⁹. Persistentes empeños, cuya ocurrencia suele ser tardía, se extienden hasta los tiempos contemporáneos sin poder regular el alcance desmedido de las formas del destrozamiento.

Como propio de la guerra está también su poder de “desorientación sobre el significado de las impresiones que nos asedian y sobre el valor de los juicios que formamos”¹⁰, pero en lo esencial compromete el trastocamiento de valores dando paso a un nuevo universo moral. En ese sentido, destaca Freud, se opera un cambio en nuestra actitud hacia la muerte derivando en la conversión del prójimo en enemigo, con el consecuente deseo de su aniquilación. Cuando la condición de oponente o de extranjero se asimila a la de enemigo, se la toma como pretexto, haciendo abuso de ella.

Así mismo, en la guerra, donde la vida se emplaza para ser arriesgada, ésta logra adquirir su sentido pleno, a la vez que paradójicamente “...no vale nada... vale un tiro de fusil, o sea \$500...”¹¹. En una vitalidad inigualable, anuda con el arrojo y la arrogancia de quien sin miramientos se instala en un comando sobre la vida y la muerte: “...disponer sobre la vida de otro, hacer las veces de Dios... si lo deja con vida, si lo deja existir...”. El valor de la vida se precisa como “... una vida menos o una vida que va a quedar...”

A más de los motivos que convocan a unos y otros a dar su apoyo a la guerra, justificando la apuesta, y de los argumentos esgrimidos, tan trascendentes como disímiles entre quienes hacen parte de colectivos oponentes, todos parecen igualarse



⁶ Karl von Clausewitz, *De la guerra*. Labor, Barcelona 1992.

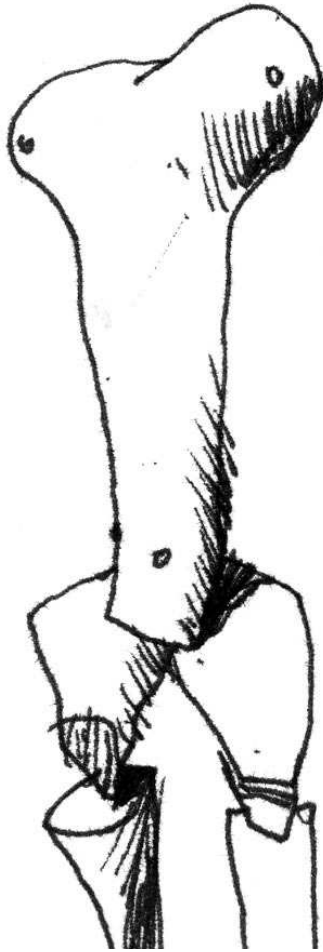
⁷ María Clemencia Castro, *Del ideal y el goce. Lógicas de la subjetividad en la vía guerrillera y avatares en el paso a la vida civil*, Almudena, Bogotá 2001.

⁸ Michael Ignatieff, *El honor de guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*, Taurus, Madrid 1999, p. 109.

⁹ Karl von Clausewitz, *op. cit.*, p. 31.

¹⁰ Sigmund Freud, *op. cit.*, p. 277.

¹¹ Éste y los siguientes enunciados introducidos en el texto entre comillas y en cursiva corresponden a decires de ex combatientes de grupos paramilitares en Colombia.



en un punto: su condescendencia con la muerte y, en particular, su consentimiento para que se proceda a matar a otro.

El sujeto plegado a las grandes causas que conminan a exponer la vida se instala como actor de muerte. Unos obran directamente encarnando su vínculo con el comando mortífero y con “mano propia” se instalan en lo real de la guerra, mientras otros se asientan en el lugar de mando o de soporte y patrocinio, como actores de la muerte por mediación de otro. Si bien algunos alcanzan a decir de su embeleso por la apuesta bélica, muchos más acuden a otro para cumplir el propósito; unos situándose como “amos de la guerra”, otros poniéndose a su servicio, como modos distintos de someterse al imperativo deletéreo haciendo de la guerra su amo. Unos y otros hallarán la vía de su fabricación subjetiva, pretendiendo actuar por “interpósita persona”; es decir, aduciendo hacerlo por encargo o en provecho de otro, como un modo de velarse en su implicación. “... *Un mando no mata, sólo ordena... manda matar... los de menor rango... son carne de cañón... sobre ellos recaen los trabajos sucios. Unos se dejan absorber y se vuelven asesinos... algunos saben capotear la situación... unos se adaptan al sistema y ya no les hace nada... otros se acostumbran, encuentran una excusa para no ser responsables... cuando llega un rango superior uno se lava las manos...*”. En esa circularidad, se desliza la responsabilidad de dar muerte.

Así, la guerra, caracterizada en su momento por Clausewitz como pulsación de violencia que cual verdadero camaleón en cada caso cambia de algún modo su carácter, se dilucida en “el elemento humano” que la constituye. Descifrada en el acto, en la mirada y en la voz, puede decirse que el componente pulsional está en su fundamento. Es ésta una manera de aludir al sujeto en su posicionamiento, contando con el deseo inconsciente que lo implica y con el decurso de lo pulsional que abre la ocasión para el goce. Es, así mismo, un modo de referir a la pasión constitutiva de la guerra en lo que “profiere” estrepitosamente o en “sordina”, en lo que clama o murmura¹².

2. EL TEATRO DE GUERRA

Para Freud es en el mundo de la ficción, como en el teatro, donde hay “hombres que saben morir, y aún que perpetran la muerte de otro”¹³; y es sólo allí donde son posibles las condiciones para reconciliarse con la muerte, esto es, que la vida reste intocable. Sin embargo, precisamente la guerra contraría la posibilidad de desmentir la muerte, pues ahí es donde los hombres realmente mueren.

Lacan introduce la idea de un “teatro de guerra”¹⁴ en la vía que permite situar la paradoja sugerida por Freud. Es el escenario en el cual podrá surgir una tropa en

¹² Paul-Laurent Assoun, *Lecciones psicoanalíticas sobre la mirada y la voz*, Nueva Visión, Buenos Aires 1997.

¹³ Sigmund Freud, *op. cit.*, p. 292.

¹⁴ Jacques Lacan, “La psiquiatría inglesa y la guerra”, en *Uno por Uno*. Revista Mundial de Psicoanálisis, No. 40, Eolia-Paidós, Buenos Aires 1994, p. 15.

marcha, teniendo para ello dos requisitos: un enemigo que ante una amenaza común suelde a un agregado de hombres y un jefe en su función de soporte, que fije el margen a sus debilidades y que, a la vez, con su autoridad logre mantener el límite¹⁵.

Colocando la guerra del lado de la ficción se da pie para explorar el desmentido donde el sujeto se juega su destino. Como ficción que permite la puesta en escena del sujeto, puede enunciarse con Freud la irrealidad de la guerra, en el desmentido de la muerte, contrapuesta a lo real de la guerra en el aniquilamiento de la vida, abriendo la posibilidad para descifrar la apuesta de un saber que implica la muerte. Lacan mismo advierte la paradoja de la muerte del héroe que se destruye en aquello que lo eterniza: como una forma de hacerse al ser, pasa a la posteridad en el acto que acaba la vida¹⁶. Lo más real de la experiencia del sujeto acontece del modo más insólito con una irrupción intempestiva, en una escena que ante su extrañeza éste llega a calificar de irreal¹⁷.

En ese fenómeno de la guerra, dilucidado con frecuencia en su dimensión imaginaria y real como radical lucha a muerte entre adversarios, se ponen en escena las funciones humanas en su vínculo con lo simbólico; “nervaturas significantes”, como son llamadas por Lacan¹⁸, operan de encuadre y ordenamiento e impiden al sujeto escamotearse plenamente en una especularidad. Esa “estructura”, esa organización de la guerra, en tanto inscrita en un orden significativo, puede favorecer un punto de límite que sostenga al sujeto operando alguna regulación de su goce. Es éste un nuevo modo de plantear la idea de Clausewitz sobre la guerra como absoluta, en su expresión extrema, y su devenir en el entronque con la política, en su función restrictiva.

Clausewitz ya sugería que la guerra “posee su propia gramática, pero no su propia lógica”¹⁹. Enfrentado al escenario de “hostilidad completamente desenfrenado”²⁰, de desborde y exceso propio de la guerra total, insiste en enunciarla en su articulación con lo simbólico. Es un intento por cercar su traza sobre los cuerpos, el cuerpo del sujeto, el cuerpo social, formulando su dimensión simbólica como tentativa de circunscribirla y regularla. Precizando que la guerra, respecto de la política –a la cual está supeditada– es “otra clase de escritura y de lenguaje”²¹, inaugura una posibilidad para dilucidarla desde la perspectiva del inconsciente, que con Lacan precisamente se formula estructurado como un lenguaje. Anticipa también la viabilidad de plantear la guerra en el registro de la letra, como sustrato del orden de lo real que es bordeado por lo simbólico y, así mismo, como impronta de un destino que hace historia.

Siguiendo a Clausewitz en su disertación sobre la guerra, en caso de separarse ésta del intercambio político, “se romperán [...] todos los hilos de las diferentes rela-

¹⁵ Jacques Lacan, *op. cit.*, p. 11.

¹⁶ María Clemencia Castro, *Transgresión, goce y profanación. Contribuciones del psicoanálisis al estudio de la violencia y la guerra*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá 2005.

¹⁷ René Mayor, *Al comienzo la vida la muerte*, Nueva Visión, Buenos Aires 2000.

¹⁸ Jacques Lacan, *Seminario 3. Las psicosis*, clase 15, “Acerca de los significantes primordiales y de la falta de uno”, abril 18 de 1959, Paidós, Barcelona 1985, p. 284.

¹⁹ Karl von Clausewitz, *op. cit.*, p. 284.

²⁰ *Ibid.*

²¹ *Ibid.*

ciones, y tendremos ante nosotros una cosa sinsentido, carente de objetivo”²². ¿Podría sugerirse entonces el sin-sentido, el exceso, el goce, como trazos de la lógica de la guerra que Clausewitz procura denegar?

Más allá de entenderla como un fenómeno social, el psicoanálisis permite precisar que *la guerra es un discurso*, por cuanto define un lugar y estructura un modo de lazo social organizado a partir del llamado a dar muerte o, lo que es lo mismo y a la vez su contraparte, a dar la vida... para cederla, ofrendarla, segarla.

En esa vía, Lacan avanza caracterizando los ejércitos como “discursos ambulantes”, que se sostienen sólo por cuanto atribuyen a alguno el ser su capitán. El poder de quien asume el mando, el jefe guerrero, representa una función respecto de la cual el sujeto está alienado; es la función de la palabra cuyo soporte es el sujeto, función que lo sobrepasa en su particularidad. De este modo se enuncia al sujeto en su relación con el significante, como su efecto²³.

El discurso de la guerra, como discurso de la muerte, ofrece al sujeto la ocasión de hacerse a un lugar en lo social, un lugar en el cual es posible inscribirse a título de *combatiente* de una causa. La elección guerrera es entonces la apuesta por un nombre en el cual el sujeto se subsume exponiendo la vida. Se ocupa un lugar, se cumple una función en el orden simbólico, que obliga y somete.

Cada quien se adscribe al discurso de la guerra de un modo que trasciende su sometimiento, pues está comprometida una fabricación subjetiva que lo implica en su responsabilidad. Ésta podrá dilucidarse en el consentimiento del sujeto y, así mismo, en su usufructo singular, como ganancia irreductible en el entramado de satisfacción y sufrimiento. El sujeto se doblega y a la vez condesciende con su sujeción.

Como discurso, la guerra hermana desde el orden simbólico; de allí la profunda semejanza entre quienes se instalan en bandos contrapuestos. Es éste un hallazgo tardío por parte de aquellos que hacen su apuesta guerrera, que alcanza a vislumbrarse más bien cuando se ha salido de la confrontación bélica. La muerte como amo de la guerra, en su comando pone a trabajar a muchos, hermanándolos; puede decirse también que doblegados al comando de dar muerte, donde “...la vida de uno depende de matar o morir...”, se hermanan en su producto de destrucción, que tras las grandes causas vela al sujeto reducido a su goce, en la primacía de lo pulsional.

En medio de las extremas diferencias y contrastes de sus apuestas, sorprende la afinidad de quienes hacen parte de grupos enfrentados y su operación como soporte de las identificaciones, evidenciándose el valor de la pequeña diferencia como núcleo alrededor del cual se organizan las enemistades. Así lo sintetiza un ex

²² *Ibid.*, p. 284.

²³ Jacques Lacan, *Seminario 21. Los incautos no yerran (Los nombres del padre)*, clase 2, inédito.

combatiente, quien lo alcanza a enunciar en dos tiempos contrapuestos y conjugados de su exhibición: "... era muy diferente... pero es muy semejante..."

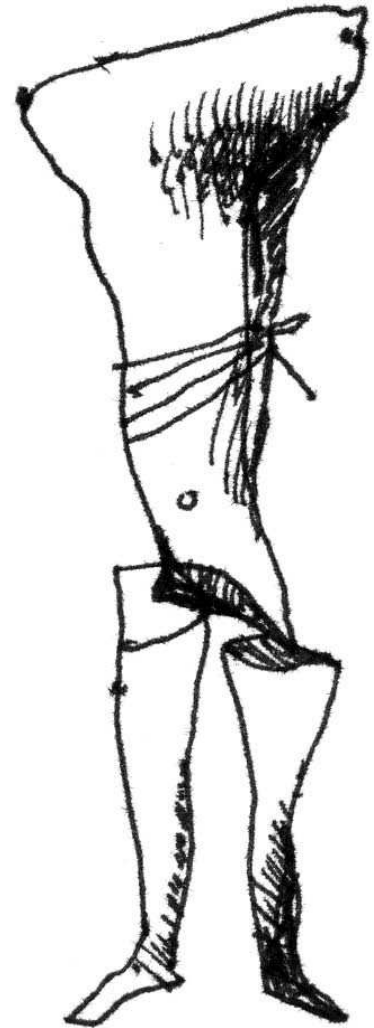
La guerra es, así mismo, ruptura radical de la alteridad que sitúa en la dimensión de lo real, en la que paradójicamente los combatientes parecieran también hermanarse, instalándose en la muerte en la ocasión de causarla: dar muerte a otro, ofrecer la propia muerte. Como lo dice Ignatieff, "al perecer uno a manos de otro, se hermanan en la muerte"²⁴. O como lo sugiere Kundera, refiriéndose a la obscenidad de la guerra "que ata al adversario en un estrecho abrazo... la intimidad de la sangre que se mezcla, la lasciva proximidad de dos soldados que se apuñalan y se miran a los ojos"²⁵. De modo contradictorio, la mayor proximidad con el otro puede lograrse en una relación de distancia infinita²⁶.

3. DAR MUERTE: CUANDO DE LA GUERRA SE TRATA

En los cálculos de la guerra hay un punto imponderable, respecto del cual hacen conjunción las advertencias de Clausewitz y de Lacan, cuando se trata de perfilar al vencedor: aquel que no se detiene ni retrocede ante el derramamiento de sangre por vasto que sea, así como aquel que goza con hacerse matar, tienen la ventaja. Uno y otro, se exponen al extremo en el encuentro fascinante con la muerte que convoca al sujeto en su acto. Como dice un antiguo combatiente "... uno es tan temerario que huye de usted mismo...", en una referencia al arrojado desmedido de "uno" que en su extrema osadía deviene tercera persona.

La guerra, expresada en su histriónica exhibición, no se satisface con doblegar al oponente, sino que convoca a darle muerte. Pero no es una muerte simple y certera, aquella de un solo tiro; como si hubiese algo más atroz que matar a otro, ese franqueamiento de lo sacro de la vida inaugura la vía que se revela en someter al sufrimiento, al destrozo, en el ensañamiento como campo abierto a la sevicia, situando así mismo la muerte en la dimensión de la mirada. Reventar los cuerpos o despresar a vivos y muertos son prácticas con las que una u otra organización armada en Colombia ponen su firma; cada grupo se ingenia la creación de lo siniestro y sella la forma del estropicio. O como lo dice un ex combatiente: "... dejando a la gente mocha, degollada, ese es el distintivo y así se ganaba respeto... despresada, para que sepan que fuimos nosotros..."

El sujeto que cae, plegado al mandato de la guerra, aún en la obediencia se descifra en el punto de condescendencia que lo enuncia implicado. Es un presente sin fin de muerte que se perpetúa hasta que la apuesta llegue a concluir. Algunos se instalan



²⁴ Michel Ignatieff, *op. cit.*, p. 114.

²⁵ Milan Kundera, *La inmortalidad*, Tusquets, Bogotá 1990.

²⁶ René Mayor, *op. cit.*, p. 8.

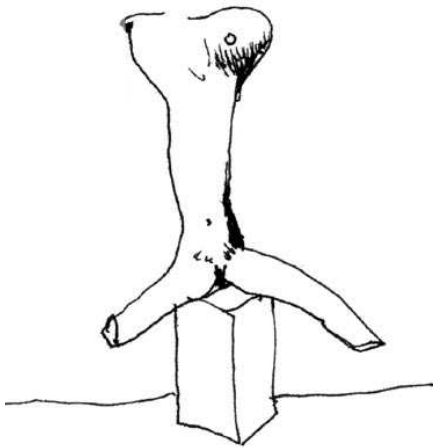
ateridos, eventualmente computando la vida en el cálculo de la muerte. Otros quedan atrapados en una contabilidad que adiciona cada “dato de baja” en su repetición de cálculo incalculable, pues como repetición de una muerte que opera como primera, la suma es ninguna, es la misma una, una misma muerte.

“...las muertes vienen a ser rutinarias y luego viene la satisfacción del deber cumplido...” , pero a la vez procede el desmentido del sujeto: “... Yo no he matado a nadie, ni a uno, así de matarlo teniéndolo en el suelo en frente mío, amarrado, ... no. En combate es otra cosa, allí uno no sabe si ha hecho alguna baja...”. Ni en frío ni en caliente, ni a sangre fría ni en el calor del combate, no hay cuenta, no hay uno. En su paso al acto, el sujeto se doblega al comando mortífero produciendo-se mero destrozamiento: es-a-otra-cosa, un resto, allí donde uno no sabe.

Pareciera que la guerra no deja un lugar a la muerte pues se suele recusar el significante que podría decirlo. En un intento por velarla o, más bien, en la tentativa de velar la implicación subjetiva, se acude tradicionalmente en el ámbito bélico a formularla como “dar de baja”. Es un mentís que la reduce a nada, quitándole la gravedad y eximiendo de todo reparo²⁷. A la vez que alguno cae perdiendo la vida, en cuanto el sujeto es desresponsabilizado de su acto, cabe también decir de la caída del sujeto, esto es, de su desobjetivación.

En algunas organizaciones paramilitares se recurre a nombrar el dar muerte como “sacrificar”. Es una manera de situar un acto sin sujeto en un tiempo infinitivo del verbo que sólo se conjuga en un modo impersonal, como una forma de presentar al sujeto borrado; no se cuenta... como uno, no se incluye en la cuenta. Pero, si bien es más fácil dar curso a la violencia cuando ésta no se presenta como propia sino como ordenanza que conmina, es un comando que puede dilucidarse en la abigarrada conjunción de lo más íntimo y a la vez extranjero: “... uno sabía desde el principio de qué se trataba...”.

Sacrificar remite a “matar, degollar las reses para el consumo”²⁸ y, así mismo, a “poner a una persona o cosa en algún riesgo o trabajo, abandonarla a la muerte, destrucción o daño en provecho de un fin o interés que se estima de mayor importancia”²⁹. Pero también hace referencia a la ofrenda, la renuncia y, así mismo, a “sujetarse con resignación a una cosa violenta o repugnante”³⁰. Así, sacrificar, un significante que opera como metonimia de dar muerte, cuando de la guerra se trata, convoca el acto que resume las diversas vías en las que el sujeto se expone y a la vez se escabulle, se arriesga y a la vez se resigna. Abre, además, a dos tiempos de la muerte: “... a los que se sacrifican se los desprecia...”.



²⁷ S. Freud, *op. cit.*

²⁸ Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, Espasa Calpe, Madrid 1992.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ *Ibid.*

En la rutina de lo que para muchos adquiere la forma de un “oficio”, más que decir del odio como oscura pasión que lleva a dar muerte al semejante, se da la ocasión de la degradación que procede a la anulación subjetiva, la indiferencia radical que lleva a ignorar al otro en su ser subjetivo, en su humanidad. “... *Algunos se lo merecían... por ese no se siente nada...*”. La destitución del otro de su lugar de sujeto se conjuga de modo reflexivo, implicando a cada quien en su paso al acto; es decir, en su devenir objeto que escenifica su propia desubjetivación. Ubicándose como instrumento de y para la muerte, se instala en el circuito de la destrucción, destituyéndose de la dignidad de sujeto en un movimiento que lo implica en su anulación subjetiva. Es la degradación que compromete la existencia deseante para reducirlo “a algo que en tanto sujeto tiende a abolirlo”³¹, una muestra inextricable y paradójica de su humanidad.

Más escabroso aún es cuando a modo de “... *‘sensibilización’... se debe sacrificar a su más cercano...*”. Es una práctica introducida desde el ingreso a ciertas organizaciones paramilitares, a modo de “... *entrenamiento... en el cual un mínimo error cuesta la vida...*”. “... *El entrenamiento es de ‘verdad’... para que se concientice de que esto no es un juego...*”. Una vez allí, queda sellada su atadura: “... *o se amolda o se muere, porque vivo no puede salir...*”. Deponiendo radicalmente las amarras culturales y todo límite, tan drástica medida que propone “... *‘matar los sentimientos’ ...*” aprisiona en la lógica de la muerte e instala en la transgresión. Y “... *tiene su efecto: si soy capaz de matar a mi más cercano, después puedo hacerlo con cualquiera...*”. Hallando en el sin límite de la muerte un motor, “... *después de un tiempo, la persona es capaz de todo...*”.

El encuentro con lo real de la muerte dada atraviesa al sujeto impregnando su cuerpo: “... *la experiencia de sacrificio... produce un cambio... no sé por qué, pero la persona cambia mucho... cambian los rasgos físicos, el rostro... pierde la cara angelical... pierde el encanto... las facciones se hacen más contraídas...*”. Capturado en lo ominoso, el sujeto queda atrapado en la mirada aterida que ineluctablemente revela su marca de horror. “... *El cambio en el rostro es un misterio que nunca llegué a entender. Es en la mirada más que en la facción... adquiere una mirada dura... temeraria...*”. Traspasando irremediabilmente el semblante, la muerte fija su vestigio siniestro en lo real de la carne.

Ante el extrañamiento de la humanidad, revelada también en el destrozo y la sevicia, sólo se la atisba en su amago, como el instante en que alguno se conmueve. “...*Por mucho que uno esté en el conflicto, por más que lo endurezca a uno, también está el lado humano... ese pedacito humano... que pierden aquellos que se dejan absorber por la cotidianidad...*”. En la intimidad de una experiencia carente de testigos, esa humanidad se revela para un combatiente cuando “... *uno se pregunta...*”. Es el

³¹ Jacques Lacan, *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, inédito, clase 13, febrero 12 de 1958.

instante “... en que aparece la duda...”, punto de fractura de la consistencia del Otro que se devuelve cuestionando al sujeto. “... ¿Se estará haciendo bien o no?...”. Son las vacilaciones de una emergencia intermitente del sujeto que muchas veces logra ser acallada, plegándose al Otro: “...pero hay una orden superior que lleva a hacer lo que uno no quiere, a obedecer, no por la voluntad...”. O como dice alguno: “... sabía que se trataba de una injusticia, pero si era una orden uno la cumplía...”. Son también ocasiones en las que puede descentrarse la responsabilidad: “...Cuando llega la duda, queda saber si era o no era (del lado del enemigo) y muchas veces se está más convencido de que no lo era, pero la decisión final no estaba en uno, aunque podía algunas veces cranear la fuga...”.

Es la inesperada aparición de una pregunta que asalta al sujeto interrogándolo frente a alguno, por la muerte, por la vida, por el acto que condena a la muerte; es decir, que hace la diferencia respecto de tantos otros episodios en los cuales se procede sin reparar que se trata de un semejante. La dimensión de la causa aparece como pregunta que irrumpe con su efecto de sorpresa o de anonadamiento. Para muchos, constituye una experiencia del orden de la excepción, en la cual el sujeto se siente interpelado, hallándose perplejo por un instante, y que puede operar como punto de suspensión. “... se vienen preguntas y lo marcan feo...”. Los sacrificios que hacen su marca están relacionados con aquellos en los que emerge la duda. “... sólo algunos que lo alcanzan a interrogar a uno, porque de resto no...”.

En esa basculación, la duda puede operar como límite, como punto de detención que subjetiva. De allí su potencial y también su peligro: “... Si uno piensa... se jode...”. No propiamente porque “piensa” sino porque el “uno”, en tanto que singulariza, es efecto del desprendimiento de un discurso y precipitación de la emergencia del sujeto. Es la subjetivación que abre la posibilidad del acto, como momento de concluir la apuesta guerrera, acto en que se descifra el sujeto. En la ocasión de atender a su deseo, el sujeto arriesga las razones de la guerra y su desistimiento. Así, el “pensar” que deviene tras el “uno” puede dar cuenta del tiempo para comprender que se inaugura, enfrentando al peso y a la vacuidad de lo real de la guerra, a su sinsentido.

BIBLIOGRAFÍA

- Assoun, Paul-Laurent, *Lecciones psicoanalíticas sobre la mirada y la voz*, Nueva Visión, Buenos Aires 1997.
- Castro, María Clemencia. *Del ideal y el goce. Lógicas de la subjetividad en la vía guerrillera y avatares en el paso a la vida civil*, Almudena, Bogotá 2001.
- , *Transgresión, goce y profanación. Contribuciones del psicoanálisis al estudio de la violencia y la guerra*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá 2005.
- Clausewitz, Karl von, *De la guerra*, Labor, Barcelona 1992.
- Fallaci, Oriana, *Inshalla*, Emecé Editores, Buenos Aires 1992.
- Freud, Sigmund, “De guerra y muerte. Temas de actualidad”, en *Obras completas*, tomo XIV, Amorrortu, Buenos Aires 1976.
- , “Por qué la guerra”, en *Obras completas*, tomo XXI, Amorrortu, Buenos Aires 1976.
- Ignatieff, Michael, *El honor de guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*, Taurus, Madrid 1999.
- Kundera, Milan, *La inmortalidad*, Tusquets Ed., Bogotá 1990.
- Lacan, Jacques, “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma”, en *Escritos 1*, Siglo XXI Ed., Madrid 1984.
- , “La psiquiatría inglesa y la guerra”, en *Uno por Uno*. *Revista Mundial de Psicoanálisis*, No. 40, Eolia-Paidós, Buenos Aires 1994, ps. 9-27.
- , *Seminario 3. Las psicosis*, Paidós, Barcelona 1985.
- , *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, inédito.
- , *Seminario 21. Los incautos no yerran. (Los nombres del padre)*, inédito.
- Mayor, René, *Al comienzo la vida la muerte*, Nueva Visión, Buenos Aires 2000.
- Muñoz, Aleida, “El quite a la muerte o la ilusión de paz como síntoma”, *Revista Colombiana de Psicología*, No. 2, Agresividad, Violencia y Ley, Bogotá 1993, ps. 39-46.
- Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, Espasa Calpe, Madrid 1992.
- Traverso, Enzo, *La historia desgarrada*, Herder, Barcelona 2001.

